

TARDE DE AGOSTO

Marc R. Soto

–A ver si te enteras, chaval –dijo el hombre apuntando a su hijo mayor con el dedo. Aparentaba unos cuarenta años, pese al aro en su oreja izquierda y el cabello largo, los jeans desgastados y la camiseta en la que el Che Guevara fumaba lo que, obviamente, era un cigarrillo de marihuana. El niño, doce años, pelo rubio como el de su padre y camiseta del Real Madrid, abrió mucho los ojos, de un azul intenso y profundo.

Llevaban ya algunos minutos discutiendo frente a nosotros, un par de mesas más allá. Algunos de los viandantes que recorrían el Paseo de Pereda junto a la bahía habían vuelto sus caras hacia ellos antes de seguir caminando y perderse de vista. El asunto era aproximadamente el que sigue: el niño quería unas botas de fútbol amarillas; al padre aquello le parecía “una gilipollez”; el hijo afirmaba que así eran las botas de no sé qué jugador del Real Madrid; el padre, que dicho jugador se la traía floja.

Y así durante los últimos cinco minutos. Lucía y yo hacíamos durar nuestro café.

–A ver si te enteras –repitió el padre–. Me da igual de qué color sean las botas de Ronaldo, Zidane o su puta madre. Las tuyas serán negras. Punto. Cuando yo tenía tu edad... –aquí el hombre se estremeció un segundo–. Cuando yo tenía tu edad todas las botas eran negras, que es como tienen que ser las botas, y tú también tendrás botas negras. ¿Tengo o no tengo razón? –concluyó dirigiéndose a la que, presumiblemente, era la madre del niño. La mujer, que llevaba escondida tras el periódico desde que Lucía y yo nos habíamos sentado en aquella terraza, emitió algo parecido a un gruñido de asentimiento y pasó una hoja de la sección de sociedad.

El hombre asintió a su vez mientras extraía un cigarrillo de una de esas pitilleras de latón con los colores de la bandera jamaicana, se lo llevaba a los labios y lo prendía dando una profunda calada. Al instante, el olor dulzón del cannabis se esparció por la terraza de la cafetería.

–Tanto Beckham y tanta hostia –murmuró exhalando una densa nube de humo azul. Dando por zanjada la discusión, tomó de nuevo el Marca de la mesa y pasó algunas páginas hasta tropezar con una noticia que leyó con atención, acariciándose el labio inferior con el pulgar–. Eh, qué te parece, Raúl –dijo con voz nasal dirigiéndose al pequeño, que hacía rodar sobre la mesa un coche de plástico, regalo de una cadena de hamburgueserías–, este año nos hemos reforzado. Vamos a echar abajo el Calderón.

Raúl se levantó de la silla y se asomó al periódico. Su padre le señaló el titular. El hijo mayor se acercó también, sigilosamente.

–Como no bajéis a segunda...

Su padre suspiró (el Che pareció inflar los carrillos en la camiseta) y se volvió hacia él.

–¿Es que no te puedes estar callado? –preguntó parpadeando con rapidez, con un acento tan madrileño, tan castizo, que parecía de imitación.

–Juan... –me llamó Lucía, pero le hice callar con un gesto de la mano. No me apetecía

escuchar comentarios sobre la indumentaria de uno u otro, o estupideces por el estilo. La cosa se estaba poniendo interesante y no quería perder detalle. Ahora lo veía claro: el padre y el pequeño eran del Atleti; el mayor, del Real Madrid; la madre, no sabe no contesta. Los cuatro resaltaban en el paseo santanderino como un lamparón en un traje de novia.

Tomé un sorbo de café. Por el rabillo del ojo vi cómo Lucía prendía un cigarrillo. Bien, pensé, eso la mantendrá distraída cinco minutos. Tiempo suficiente para ver en qué acaba todo.

La mujer pasó otra hoja del periódico mientras el pequeño leía con concentración el titular que le mostraba su padre, aunque en voz tan baja que no lo pude oír desde nuestra mesa. El humo del porro llegó hasta nosotros unos segundos, llevado por una ráfaga de aire, y luego se desvaneció.

Cuando Raúl terminó de leer, el mayor se acercó de nuevo hacia su padre, con cautela. Por la expresión de su rostro adiviné que no pensaba darse por vencido.

–Papá.

Su padre dio otra calada y le ignoró con la mirada perdida en el Marca. El pequeño ya estaba de nuevo en su asiento. Había rasgado un sobre de azúcar y esparcido su contenido sobre la mesa en un círculo de unos veinte centímetros de diámetro. Con la boca imitaba el chirriar de neumáticos del cochecito al derrapar sobre el campo de azúcar. De cuando en cuando su padre apartaba la mirada del periódico, le contemplaba, y sonreía.

–Papá... –le llamó de nuevo el mayor

–Qué.

–Que Santillana llevó una vez botas blancas. Lo leí en Historia del Fútbol.

El padre cerró el Marca, se cruzó de brazos y abrió mucho los ojos.

–¿Otra vez con el asunto de las botas?

–Tú has dicho que...

–Que te calles. Que serán negras y sanseacabó. Yo es que no sé de dónde te viene esa perra que te ha dado con las botas amarillas. Pero, ¿tú no ves que es un timo para que os compréis cada año botas nuevas? ¡Negras, joder, negras! –a estas alturas el hombre hablaba a gritos y se le oía a lo largo de toda la terraza, en cuyas mesas se había instalado un silencio denso y pesado.

A mi izquierda, Lucía sacudió el cigarrillo sobre el cenicero y dio una nueva calada.

–Pero...

–¡Pero qué peros ni qué cojones! Tú lo que quieres es que haga lo que no me gusta hacer –dijo el padre alzando la mano–, y hasta que lo consigas no vas a parar, ¿verdad?

El crío miró al suelo.

–¿VERDAD?

El crío negó con la cabeza y regresó a su silla.

–Pues entonces, joder.

Su padre llevó el porro a los labios, pero se había apagado y la colilla era demasiado pequeña para volverla a encender. Con una maldición, abrió de nuevo la pitillera.

En aquel momento, la mujer dobló su periódico y lo dejó sobre la mesa. Tenía el pelo moreno, corto, y gafas de sol de las que uno podría suponer que ocultan algún moretón, grandes e impenetrables.

–Arturo... –dijo, y yo tomé buena nota. El hombre se llamaba Arturo.

Arturo apartó la mirada del Marca y alzó las cejas.

La mujer tragó saliva, abrió un segundo la boca como si se dispusiera a decir algo y luego la volvió a cerrar.

–¿Nos vamos? –preguntó, apuntando hacia nosotros con la cabeza.

Arturo miró en la dirección que apuntaba su mujer –bajé la mirada un segundo para examinar los posos del café– y asintió.

–Sí, vamos, que todavía le partiré la cara a alguien.

En un segundo recogieron los periódicos, los bolsos, el cochecito, la pitillera. Antes de marchar, la mujer miró al cielo: una nube pasajera había tapado el sol, caía la tarde en Santander. Se quitó las gafas y las guardó en el bolso. Mientras lo hacía, clavó su mirada en nosotros, primero en mi Lucía, luego en mí. Yo la sostuve un segundo, pero después bajé la cabeza hacia la taza de café. Tenía los ojos azules, grandes y profundos, como los de su hijo.

Se marcharon despacio, los críos algunos metros por delante, el hombre y la mujer detrás, cogidos de la cintura, hasta que por fin, a la altura de Lope de Vega, giraron a la izquierda y se perdieron de vista.

Lucía apagó su cigarrillo poco después y me miró. Las gaviotas graznaban sobre las aguas.

–Juan... –comenzó, y de pronto me arrepentí de no haberle comprado aquellas dichas gafas de sol.

–Qué.

Lucía parpadeó, tragó saliva, negó con la cabeza.

–Nada.

–Pues levanta, que aquí ya no pintamos nada,

De modo que nos alejamos de la terraza pasando junto al resto de las mesas cuyos ocupantes primero miraban a mi esposa, luego a mí, y después sumergían de nuevo su mirada en el café. Fuimos a Puerto Chico, y de allí, por la avenida de la Reina Victoria, hasta El Sardinero. Al llegar a la altura del Gran Casino vimos el sol, que se ponía tras Cabo Mayor.

Santander está precioso en agosto.